



YA NO

María Bastarós

Lucía Baskaran

RECUERDO

Alejandra Martínez de Miguel

QUÉ QUERÍA

Munir Hachemi

Andrea Gumes

SER DE

Elisa Levi

Víctor Parkas

MAYOR

Luna Miguel

Antonio J. Rodríguez

YA NO RECUERDO QUÉ
QUERÍA SER DE MAYOR
MARÍA BASTARÓS, LUCÍA BASKARAN,
ALEJANDRA MARTÍNEZ DE MIGUEL,
MUNIR HACHEMI, ANDREA GUMES,
ELISA LEVI, VÍCTOR PARKAS, LUNA
MIGUEL Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ



temas de hoy

© María Bastarós, 2019 © Andrea Gómez, 2019 © Antonio Munir Hachemi, 2019 © Elisa Levi, 2019 © Víctor Recort, 2019 © Alejandra Martínez de Miguel, 2019 © Lucía Bascaran, 2019 © Luna de Miguel, 2019 © Antonio José Rodríguez, 2019
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2019
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019
ISBN: 978-84-9998-775-0
Depósito legal: B. 23.147-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE GENERAL

Nota de los editores	9
María Bastarós Fantasma	13
Andrea Gumes Estoy bien, gracias	31
Munir Hachemi Un enorme ojo amarillo	63
Elisa Levi Un ataque de angustia momentánea	81
Víctor Parkas Imperio	103
Alejandra Martínez de Miguel Te quiero, pero	129
Lucía Baskaran El ojeo	155
Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez El fin del mundo	179

MARÍA BASTARÓS
FANTASMA

Viven así desde hace muchos meses. Se trata de un estancamiento tranquilo, cómodo, a veces —los domingos por la tarde sobre todo— incluso plácido. Fondean las aguas de un lago ya mil veces fondeado, conocido en todas sus expresiones. Desde el pétalo sedoso del nenúfar hasta las algas pestilentes amarradas a las orillas, desde las corrientes cálidas del lado este hasta los céntimos herrumbrosos semihundidos en el fango. Hoy, son ya tres años desde que oficializaron su pacto, *sí quiero, pues yo más, ja, ja* —las familias ríen—, *cómo son estos chicos, ojalá unos nietecitos pronto, un monovolumen, una hipoteca, una casa en Altea, unas tumbas pareadas.*

Cenarán en el Marcelo, porque ahí es donde se celebra todo lo digno de ser celebrado en la ciudad, porque las colas de langostino con espuma de aguacate son el confeti de la vida adulta. Él acaba de publicar un ensayo que los críticos han considerado *maduro y sosegado*, su mejor obra, su prosa más diáfana. Ella combina su trabajo en el museo con la promo-

ción de su exitosa novela, algo intelectual, purpurináceo, muy *gauche divine*,¹ un texto que podría haberse dictado desde una asamblea, desde un jacuzzi, desde un diván. En realidad, no importa. Su pasado los legitima, aunque ya no guarden relación con él. El pasado es un vaso del que uno puede seguir bebiendo pese a que el camarero lo desplace cada vez más lejos. También saben algunas cosas sobre las vidas de los demás —eso es toda una suerte—, cosas que aprendieron hace algunos años, cuando se movían en otros círculos y estaban empachados de ideales y lecturas politiqueras, y hoy pueden vomitarlas en forma de sentidos pasajes sobre los menos afortunados y sus preocupaciones pedestres, sobre alquileres abusivos y cuotas de autónomos y multas de tráfico y becas de comedor y pagos atrasados y ortodoncias inasumibles. Así es la tercera persona, qué maravilla, qué territorio desahogado, qué lúcido trampolín desde el que observar lo ajeno sin que a uno le salpique ni media gota.

«La tercera persona se parece mucho al dinero, menuda sentencia estupenda, debería anotarla en algún sitio», eso es exactamente lo que piensa ella mientras acaba de arreglarse.

Se ha enfundado en el *body* que vistió durante su primera cena en Marcelo, aún le cabe esa malla salpicada de raso plateado, no es algo de lo que se deba alardear, desde luego no con palabras, pero nada le impide seguir luciéndolo, pasear su esbeltez frente a los cuerpos blandurrios de aquellas que decidieron ser madres, las que abandonaron carreras fulgurantes y luego fueron abandonadas por sus maridos

(1) Las expresiones *gauche divine*, *gauche champagne* e *izquierda caviar* hacen referencia a aquellas personas o grupos de personas que se definen de izquierdas pero cuyas vidas elitistas no reflejan los supuestos propios de una ideología izquierdista. A menudo se trata de personas relacionadas con el mundo de la cultura.

ante el desparramar de las barrigas y las tetas y las obligaciones.

Llegar al Marcelo siempre es un acontecimiento. La entrada del restaurante es un hervidero de personas a las que saludar, algunas más tentadoras que otras, como el guionista de aquella película, o la dueña de aquella galería, o el crítico de esa otra revista. Muchos se conocen, se dan la mano, se dan dos besos, incluso algún que otro abrazo, *hola, qué bien te veo, qué blusa, qué cinturón, qué ojos, qué dientes, qué bronceado, cuantísimo dinero*.

Hoy hay más gente que de costumbre, tal vez porque es sábado o porque Marcelo acaba de conseguir una segunda estrella Michelin, otro Sol Repsol, otro millar de seguidores en Instagram. Muchos se han acercado tras el estreno de una obra de teatro *a-la-que-hay-que-ir* en una sala cercana —ellos acudirán el día del cierre, cuando los actores estén más rodados, *en fin, cualquier aficionado a las tablas sabe que el día del estreno nunca es el mejor*—, eso le dirán a todo el mundo al hablar de la obra. Un conocido se les acerca, su bronceado huele a lancha motora, a velero, a catamarán.

—Un hombre hecho a sí mismo, ese Marcelo —asegura señalando el cartel del local—, empezó ayudando en la pescadería de sus padres, no tenían nada salvo sus manos y su coraje, pero eso es la vida, ¿no creéis?, es caprichosa, ¡siempre lo he dicho! Hay que estar al loro, nada es imposible, ni hablar, Marcelo lo dijo en un *reality* culinario, les dijo a los concursantes: creed en vuestros sueños, ¡querer es poder! Al final, todos aplaudían y lloraban, fue hermoso. Fue realmente hermoso.

Ellos asienten, tiene toda la razón, o no, no tiene importancia. La verdad es que Marcelo tiene mucho ojo, ha hecho bien en convertir el recibidor del restaurante en un espacio

expositivo, le da un toque la mar de chic. Un poco de expresionismo abstracto por aquí, unas pocas piezas de cerámica vanguardista por allá. La gente comenta las obras mientras espera pero a nadie se le ocurre comprar nada, claro, comprar arte en un restaurante es una auténtica catetada, incluso si ese restaurante es el Marcelo. Ella observa una marina hecha a pinceladas sueltas, un paisaje grisáceo y plateado que parece un desierto de sal o la corteza de un planeta alienígena. Se queda frente al cuadro, a solo unos centímetros. Estira el cuello. Hay pequeños toques de blanco puro sobre cada trazo de pincel, el mar es un monstruo agitado. Casi siente la soledad, la angustia del pequeño barco que se zarandea en el centro del lienzo. Imagina a los marineros despidiéndose mentalmente de sus mujeres, rezándole al mismo dios que los condena a una muerte helada, cayendo o tirándose por la borda ante la inminencia del desastre. Se ve a sí misma de pie sobre la baranda de la eslora, asomándose a ese inmenso cementerio líquido. A su lado, alguien habla sobre bienes raíces.

Los conducen a su sitio cuando todavía no han decidido cuál es su pieza favorita, aunque ambos coinciden en que la cerámica resulta «más interesante». La mesa está impecable, más pulcra que la mesa de operaciones de un cirujano plástico. Podrían ponerte un par de tetas y quitarte un par de lunares allí mismo, tumbado sobre el mantel de lino, sin comprometer la asepsia. El *maitre* acude solícito con los sorbetes de bienvenida. Esta vez son de cava y fruta de la pasión, *qué mezcla tan divertida*, y el marido se encarga de pedir por los dos pese a que los pinches, avisados de su presencia, ya han comenzado a preparar su inamovible comanda. Habrá espuma de aguacate, habrá rodaballo liofilizado, habrá huevas gelificadas, *coulant* esferificado. Les gusta que la comida

ofrezca innovaciones formales, que lo que debería ser sólido se haga líquido y lo líquido gaseoso y lo gaseoso espumoso, les gusta zambullirse y hacer unos largos en esa piscina de sorpresas tolerables, cuyo horizonte no abarca eventualidades dramáticas.

—Deberíamos comprar un piso y rehabilitarlo —dice él por decir algo.

Ella conoce perfectamente la sucesión de frases que saldrán ahora por boca del esposo, pequeñas píldoras de sabiduría de emprendedor: *este es el momento, la burbuja se inflará de nuevo, amortizaremos en pocos años, Airbnb, alquiler turístico, muros de pladur*. Marea el sorbete de bienvenida, le da un sorbito, no siente la necesidad de contestar nada. El silencio es un chal confortable dentro del cual acurrucarse, un prado sereno, un hábitat sin sobresaltos. Se limita a disfrutar del paisaje, puntúa los estilismos del resto de comensales, picotea fragmentos de conversaciones ajenas. Los de la mesa de la derecha han pasado sus vacaciones en Bali, los de la izquierda en un crucero por los Fiordos, unos han visto manatíes al atardecer, otros han comprado sillas de caoba tiradísimas de precio. Todos se han encontrado a sí mismos.

Es entonces, mientras aplasta las burbujitas del sorbete con la diminuta cuchara de porcelana, cuando lo ve. Al principio no consigue identificarlo. Es una figura recortada ante la puerta del restaurante, unos rasgos algo familiares, algo desdibujados: el fantasma de una época olvidada, que solo sobrevive en un par de fotografías y unas cuantas anécdotas tan remozadas por la memoria que apenas guardan relación con los hechos que las generaron. Es solo un tipo, al final. Un tipo del pasado. Recuerda —y el recuerdo, sorprendentemente, la estremece— haber compartido largas jornadas con él, haber caminado a su lado en manifestaciones, haber grita-

do las mismas consignas, bebido de los mismos tetrabriks de vino cuando aún le veía la gracia a hacer semejante cosa. *Qué excitante era entonces la vida, qué llena de efervescencia, qué nostalgia, qué ternura, qué tontería.* ¿Y qué hace allí este tipo? Ya nunca lo ven, ni a él ni a ninguno de los otros. Piensan tan poco en ellos que todos podrían estar muertos, lo estarían si eso fuera lo que hace el olvido, si no se limitase a los recuerdos, si aniquilara también a las personas, ¡bum!, todos muertos, pedazos de carne surcando el cielo, un reguero de líquido rojo sobre el pavimento y los árboles y los tejados y las marquesinas de autobús.

En aquella época era un grupo numeroso, bien nutrido. Solo han pasado cinco años, esa es la verdad, pero cualquiera diría que fueron décadas. Todos eran jóvenes, recién graduados, recién licenciados, recién lo que fuera. Estaban henchidos de planes, iban a cambiar el mundo, hoy o mañana o pasado pero ni un minuto más tarde. Ocupados, reunidos en centros sociales hablaban con atropello de sus propósitos, organizaban reuniones, pedían la palabra, se turnaban el megáfono e intercambiaban sus impresiones sobre el país, sobre los barrios de la periferia, muchos nunca los habían pisado, otros habían nacido en ellos, pero esos detalles no importaban, importaba la revolución en ciernes, aquel mayo de 2011, fecha sagrada, fénix de las cenizas de una crisis económica que había empobrecido a los padres de unos y enriquecido a los de otros. A los de ella, en concreto, lo segundo.

Y ahora él está allí. ¿Deberían levantarse a saludarlo? Parece que es su primera vez en Marcelo, va arreglado de una forma artificial, con ropa barata que pretende no serlo, se le intuye demasiado consciente de dónde está, observa la carta, meneas la cabeza, *menudos precios*, se gira incómodo en su silla, esperando la llegada de otra persona.

El camarero llega, por fin, con dos platos de mariscos, los dos tan estéticos, tan audaces, se trata de un restaurante, de acuerdo, pero podría ser el Macba. Ella mira los langostinos, dorados bajo la tenue iluminación, pero no siente hambre. La gula la ha abandonado. La ha sustituido algo distinto, algo mejor, más emocionante, más imperioso.

—Voy un momento al baño —dice de pronto. Y en realidad no sabe por qué lo dice, no tiene ganas de orinar, ni se hace necesario todavía el retoque de pintalabios, ni hay gases retenidos que precisen de la intimidad del aseo, pero allá va, dominada por un impulso peculiar, y pasa con prisa fingida tras la silla del antiguo conocido, todavía solo. ¿Está haciendo el ridículo? Nada de eso, nadie se fija en ella, puede que esté un poco roja, un poco azorada, pero el rubor le favorece, eso lo sabe con seguridad. Qué niñería tan estrafalaria, ponerse así por un fantasma.

Duda un momento, ya en el baño, y analiza su imagen en el espejo. Le sobran los pendientes, el collar, ese bolsito absurdo con su cadenita de *strass*, de pronto siente algo que se parece un poco a la vergüenza y se quita los abalorios, se enrosca el bolso en la mano, lo arruga hasta que adquiere el tacto de algo usado y familiar, se saca dos mechones de detrás de las orejas, se carda el flequillo con ayuda del agua, se mira de nuevo, *así mejor, fantástica*, sigue siendo guapa y teniendo ese *nosequé* que siempre le funciona, respira hondo varias veces y se asoma al salón principal del restaurante, al trajín presuroso y preciso de los camareros con sus uniformes diseñados por Amaya Arzuaga.

Al fondo está su marido, consultando algo en el móvil —probablemente Idealista, más probablemente Engel & Völkers, en todo caso, algo relacionado con inmobiliarias e hipotecas a tipo fijo—, los langostinos esperando ser degluti-

dos y celebrados. Ni él ni ellos parecen echarla todavía de menos. Y a solo un par de metros, ese tipo, Marcos, eso es, se llama Marcos. Su padre era taxista o mecánico, no lo tiene claro, y él estudió filosofía, por supuesto, la verdad es que todo aquel grupo había estudiado filosofía aunque ninguno, que ella sepa al menos —y lo sabría si así fuera—, se ha convertido en un filósofo célebre.

Le cuesta unos segundos reunir valor, ensaya una sonrisa y por fin se acerca a la mesa donde Marcos sigue preocupado o indignado por las cifras que la carta exhibe, sin que se trate de un error o una broma de mal gusto. Ella se hace la enconradiza, se inclina sobre el mantel.

—Pero... ¡menuda sorpresa! ¡Marcos! ¿Cómo tú por aquí?

Él tarda un poco, algo perplejo, pero acaba recordando el nombre de ella, afortunadamente propulsado desde el enmarañado ovillo de la memoria hasta sus labios.

—*¡Paloma!* —se levanta, desubicado, cortés, pero sobre todo guapo, guapo de una forma hiperbólica. La edad le ha sentado tremendamente bien.

Ella trata de recordar si en alguna ocasión se acostó con él. En aquella época tuvo muchos amantes, incluso varios a la vez, enardecida por los discursos sobre el amor libre y el poliamor y la anarquía relacional y también un poco por el MDMA. La revolución era muchas cosas, algunas francamente entretenidas, tanto que a veces obligaban a postergar todo lo demás.

—¿Qué es de tu vida? —pregunta Marcos, todo sonrisas y educación y mandíbula perfecta.

Ella se sienta, se toma esa libertad, intenta parecer natural aunque está sintiendo cosas extraordinarias, un reflujo de emociones que creía ya adormecidas y que de pronto resuci-

tan y hormiguean en sus manos y en sus sienes y en otros sitios arropados por lencería fina.

—Nada nuevo, la verdad, trabajo en un museo.

—Cómo que nada nuevo, tía, sé que publicaste una novela, menudo éxito, la compré, ¿sabes? no me la he podido acabar, en fin, soy un desastre, no tengo tiempo de nada, pero la leeré algún día, te lo prometo. ¿En qué museo trabajas?

—En el CAAM.

—¿En serio? Mi amigo Miguel, no sé si le recuerdas, me dijo que te vio un día currando en el CAAC.

—Ah, no, no, ahí nunca he trabajado, ¿pudo ser en el CAAD?

—¿En el CAAB?

—No, no, en el CAAD.

—Puede ser. —Marcos hace una pausa, levanta una ceja. Hasta ese gesto trillado se torna irresistible en su rostro—. Perdona, ¿en cuál me has dicho que estás ahora?

—En el CAAM.

—¿Qué quieren decir las siglas?

—Centro Artístico de Arte Moderno.

—Vaya. Centro artístico de arte. Qué redundante, ¿no? Paloma pasea la mirada por el restaurante.

—Como todo.

Así que él le ha seguido la pista, menuda sorpresa agradable, está al tanto de lo que ha hecho con su vida después de todas aquellas acampadas en todas aquellas plazas, es consciente de su éxito literario, de *quién es ella hoy*. ¿Y qué opinará de eso? *Parece que solo cosas buenas*. ¿Le profesará algún tipo de admiración? *Es más que posible*. ¿Habrá pensado en ella de vez en cuando? ¿Habrá sobrevivido su recuerdo al tsunami de experiencias acumuladas desde su pasado común? Sí, sí, sin duda. ¿Y qué hay de lo importante? ¿Pensará que toda-

vía es mona, bonita, atractiva, follable, un polvazo? *Ojalá, para qué engañarnos.*

—Oye, pues a ver si te gusta la novela, qué ilusión que la compraras. —Paloma procura erguir la espalda, subrayar la turgencia de sus pechos contra el *body*—. Y tú, en fin, ¿qué andas haciendo?

—Pues heredé el taller de mi padre —vale, mecánico, ahora está claro— y sigo en el barrio, tengo bastante trabajo, no me quejo, pero nada de ocio, ya sabes, la asamblea me quita mucho tiempo.

—Claro, la asamblea —susurra ella, momentáneamente desubicada—, ¿qué asamblea?

Él la mira, extrañado, mudo, apolíneo, solo unos segundos.

—Pues la asamblea del 15M. En la que nos conocimos. Sigue en marcha, ¿sabes? Somos bastantes, hacemos cantidad de proyectos, no veas, hemos montado una guardería gratuita en el barrio, hemos acondicionado un solar, era del banco, pero ahora es nuestra huerta, algún día nos la cerrarán, está claro, quieren llenar todo el barrio de malditos pisos turísticos, pero de momento funciona.

—Oh, qué interesante —ella siente un escalofrío precioso, justo entre los muslos, un humedecerse de las axilas y la zona tras las orejas—, algún día debería pasarme a visitar ese huerto, a colaborar, no sé, en lo que pueda.

¿Qué clase de frase es esa, Paloma? ¿Vas a aparecer en ese huerto con un delantal de cuadros y una cesta de mimbre, dispuesta a recoger acelgas y arramblar con las malas hierbas? ¿Sabrías acaso distinguir las unas de las otras? Estás empezando a decir tonterías. Pero es que él está tan guapo, tan sexy, con su asamblea, con su huerto comunitario, es difícil no sentirse cautivada. La temperatura del restaurante ha ascendido tanto, o al menos eso le parece a Paloma, que siente

el absurdo impulso de abrir el bolso y rebuscar en su interior hasta dar con una inexistente crema de protección solar, de abrir el bote y apretarlo hasta oír el familiar *chup, chup* del líquido untuoso resbalando sobre sus manos, de extender la crema sobre su espalda, sobre la espalda de él, sobre esos hombros que se proyectan desde su cuello como una percha perfecta.

—Tía, pues eso sería genial, no sé si lo del huerto, estás invitadísima, claro, pero lo que nos vendría muy bien, en realidad, es algo de promo, ¿sabes?, estamos organizando un festival cultural, una cosa modesta, para recaudar dinero para algunas multas.

Paloma asiente, está fascinada. No sabría decir si hay mayor éxtasis en mirar a Marcos o en mirarse a sí misma a través de sus ojos, y se imagina en el centro de ese festival, de pie sobre un estrado, un escenario, un tabla, lo mismo da, ofreciendo un discurso encendido, una arenga como las de entonces, el público felicitándola, *qué bien, qué maravilla contar contigo, qué aguda, qué certera, qué inspiradora*, y él observándola extasiado, tan espléndido, ese mentón prominente, esos bíceps curvilíneos. Va a decirle que sí, que por supuesto, que ella le asiste en todo lo que pueda, casi pronuncia su oferta y entonces ese cosquilleo de agitación que la recorre crepita, estalla, enciende la chispa del ingenio, *oye pues, se me ocurre que sería estupendo hacer algunas fotografías en el huerto, ¿sabes?, yo tengo contactos con alguna galería, podríamos montar una exposición con ellas, darle visibilidad, vendría mucha gente, sería un eventazo*, Marcos está encantado, *desde luego, qué maravilla, qué potra encontrarte, Paloma*, ella cada vez más inflamada, las palabras más advenedizas y perfectas:

—Oh, ¿y sabes qué, Marcos? —trata de mantener el fu-

ror, que está segura se refleja en los rubores que siente ascender hasta las orejas—, si quieres, también puedo escribir un artículo. Colaboro con algunos medios. —¿Cómo no se te ha ocurrido eso antes, Paloma? A veces una tiene algo tan cerca que no es capaz de verlo, como en el cuadro ese de Holbein *el Joven*, un cráneo en una perspectiva imposible que ocupa la mitad del lienzo pero que solo se ve desde un determinado ángulo,² ¿qué quería decir?, algo muy tremendo, algo como *lo que es importante en la tierra no lo es en el reino de los cielos*, o tal vez *la muerte nos iguala a todos*, algo así, pero quién sabe qué es importante aquí abajo, ¿verdad Paloma?, y qué dudoso que la muerte tenga la virtud de igualar nada.

Marcos está entusiasmado, y resulta que el entusiasmo es la guinda perfecta para su belleza. El cutis, los ojos, todo resplandece bajo su influjo. Es obvio que la ocurrencia de las fotografías ya no es el bocado más tentador, *un artículo tendría mucho predicamento, imagínate, puede que el banco acabe en la tesitura de cedernos el solar, eso sería una victoria sin precedentes, gracias, Paloma, gracias, gracias, Paloma.*

Ella está exultante, cada palabra de Marcos la rejuvenece, entra por el conducto auditivo y cruza la membrana timpánica y en un acto anti natura (¿no será contra natura?) y voluptuoso sigue descendiendo y se expande por todo su cuerpo, Paloma es todo palabras y ardores y hasta empieza a sentirse un poco mareada, ha llegado el momento de plegar las velas y entonces coge una servilleta, qué momento tan triunfal, solo falta una corona de laurel descendiendo sobre su cabeza desde el artesonado de diseño del Marcelo, saca un bolígrafo del bolsito, comienza a escribir su número de telé-

(2) *Jean de Dinteville y Georges de Selve*, conocida como *Los embajadores*, es una obra de Hans Holbein *el Joven*, realizada aproximadamente en 1553 y actualmente expuesta en la National Gallery de Londres.

fono en la servilleta, ya hay un 6, hay un 9, hay un 1, y de repente, ¡sorpresa!, *la otra* entra por fin en escena.

Se trata de una mujer joven que —coleta de caballo, botas altas, *leggings* de polipiel— avanza con pasos saltarines desde la entrada del restaurante. Llega tarde, pero no parece importarle demasiado, y tal vez no deberíamos llamarla exactamente «la otra» sino *la novia de Marcos*, la futura esposa, de hecho: esa inminente unión es lo que van a celebrar hoy allí. Marcos muestra una guirnalda de dientes niveos interrumpidos por un diastema que hace que las rodillas de Paloma tiemblen.

—Esta es mi novia, Andrea —Marcos abraza a la tal Andrea, la besa, le ofrece la silla contigua—, ¿te acuerdas? Creo que coincidisteis alguna vez, en alguna manifestación.

Paloma se levanta, apurada, siente que algo le ha sido robado, no sabría especificar qué.

—Encantada, Andrea, quiero decir, encantada de volver a verte, qué bien, dos besos, cuánto me alegro.

Andrea sonríe, reparte dos sonoros ósculos, pone la mano sobre el brazo de Marcos, cuya parte visible está cuajada de tatuajes que seguro tienen significados interesantísimos. *Hacen una buena pareja* —se dice Paloma con un alborozo ininteligible—, una de esas parejas de treinta y algo que aún transpiran espíritu veinteañero, que se indignan y lanzan improperios a la televisión mientras ven el telediario, que se acercan a los escenarios en los conciertos, que pasan las vacaciones de verano serpenteando puertos de montaña nacionales en furgonetas renqueantes, que trasnochan bebiendo alcohol barato, que hacen el amor bajo constelaciones cuyos nombres todavía no han olvidado. En este maldito restaurante cada vez hace más calor.

—En fin, chicos, me voy a despedir, tengo que volver a mi sitio, qué gusto encontrarnos de nuevo, espero volver a

veros, muá, muá. —Los besos vuelan de mejilla en mejilla, fin del primer acto, Paloma abandona la servilleta sobre la mesa, el 6, el 9 y el 1 formando un trío solitario, y regresa al aseo, aún alterada, más alterada incluso que antes, ¡qué guapo estaba él!, ¿se encargará él mismo del huerto?, qué organizado, qué brío, y qué guapo, sobre todo, qué guapo.

La verdad es que Paloma no sabe bien lo que hace, la situación la domina, hacía mucho que no, pero hoy justo sí, quién se lo iba a decir, el dichoso escalofrío, otra vez ahí, tan olvidado que parece nuevo, y Paloma se encierra en el baño, solo unos segundos, irremediablemente febril, asegura el pestillo, se apoya de espaldas en la puerta y desliza su mano por debajo de las bragas de licra, un movimiento casi imperceptible, arriba, abajo, arriba, abajo, un suspiro ahogado y unos gloriosos espasmos en las piernas y ya está, todo ha terminado. El sofoco, la calentura, la borrachera hormonal, todo se disipa en un visto y no visto como la neblina que precede al amanecer, esa bruma de apariencia espesa que no es más que un espejismo fugaz.

Poco a poco una luz familiar comienza a bañar la realidad, la ilumina, se revelan sus perfiles, se clarifican sus aristas. El mundo se exhibe ante Paloma, franco y desnudo, con todas sus verdades al aire.

Se permite unos minutos sentada en el retrete, con la cabeza apoyada en las manos, respirando profundamente, cada vez con mayor regularidad, con menor urgencia, hasta recuperar la compostura casi por completo. Antes de salir se lava la cara con cuidado, no hay que estropear el rímel, lo anuncian como *waterproof* pero vete tú a saber. Mientras le sostiene la mirada a su reflejo se vuelve a poner los pendientes, *qué bonitos son*, el carísimo collar, *cuántas envidias despierta*, ahueca un poco el bolso, *qué arrugado se ha quedado, habrá*

que volver a comprárselo, y emprende el regreso hacia su mesa. Su marido sigue allí, abismado en la pantalla del móvil. Ve con el rabillo del ojo a Marcos y Andrea, que se ríen de los precios como críos.

Con lo fácil que es quedarse en casa —se dice Paloma— *a qué fin venir aquí a reírse, qué ridículos, qué maleducados, desde luego no está hecha la miel para el paladar del asno*, y se sienta frente a su marido, frente a unos langostinos ya helados, casi duros.

—Mujer, pero cuantísimo has tardado, ¿qué hacías?

—Nada, me he encontrado con una amiga de la carrera.

—Ah, pues mira qué bien.

Paloma se atusa el pelo, se cerciora de que el *body* no tenga pliegues que lo desluzcan. Observa su alrededor pendiente de las miradas ajenas.

—¿Sabes? He estado pensando y creo que sí, deberíamos comprar ese piso, cariño, tienes toda la razón, todo el mundo tiene un piso turístico menos nosotros.

El marido asiente, complacido, se lleva un langostino a la boca.

—Vaya, se han quedado un poco gomosos.

Ella pincha uno de los bichos, no llega a probarlo, está claro que ya no están en su punto, ha perdido demasiado rato hablando con ese tipo. Se encoge de hombros, sonrío.

—Ya, pues no sé, ¿pedimos otros?